

Silvana Gabriela DI CAMILLO, *Aristóteles historiador. El examen crítico de la teoría de las Ideas*, Editorial de la Facultad de

Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2012, 284 pp., ISBN : 978-987-1785-59-9.

Por Ignacio Pérez Constanzó

Universidad de la República, Uruguay

Este libro es una buena muestra de que siempre pueden decirse cosas nuevas, o de modos nuevos, en torno a la filosofía clásica. Di Camillo analiza minuciosamente lo que sólo en algún sentido puede ser llamado una obra de Aristóteles: su tratado *De ideis*, reconstruido en base a los fragmentos que Alejandro de Afrodisias dejó plasmados en su comentario al primer libro de la *Metafísica*. Dado que no tenemos otros fragmentos de esta obra, sólo ha podido ser reconstruida en base a delicadas técnicas hermenéuticas, que la autora maneja con detalle. Hace unos años se publicó en una excelente versión bilingüe del tratado *Περὶ ἰδεῶν* (*Sobre las ideas*), obra en colaboración de la autora con María Isabel Santa Cruz y María Inés Crespo, bajo el título *Las críticas a de Aristóteles a Platón en el tratado «Sobre las e Ideas»* [EUDEBA, Buenos Aires, 2000]. El libro reseñado tiene origen en una tesis doctoral que, como es claro, es continuación del trabajo que dio por resultado esa publicación del año 2000.



La obra no se centra en la atención de Aristóteles sobre la cuestión de la historia o de los historiadores, sino en las críticas de Aristóteles a la doctrina de las ideas, posiblemente la más famosa de las doctrinas de Platón, aunque también una de las que el mismo Platón refutó en escritos de su última etapa. El objetivo principal de esta investigación es “detectar cuál es, a juicio de Aristóteles, la aporía fundamental de la teoría platónica de las Ideas y entender bajo esa luz su propuesta alternativa. Lejos de tratarse de un subterfugio para exponer la superioridad de sus posiciones, concluimos que la historiografía llevada adelante por Aristóteles constituye un punto de partida esencial tanto para establecer las dificultades que es preciso disolver, como para comprender la génesis de sus propias tesis” (p.17). Dado que la función de la historia llevada a cabo por Aristóteles es de relevancia para el hilo argumental del libro, el título no es engañoso pues no es inapropiado, aunque sí podría conducir a un error si no tuviera un subtítulo: no es un libro sobre teoría de la historia sino sobre el rol de la práctica de la historia en torno al tema de las ideas.

En el capítulo I (pp.21-56) Di Camillo se ocupa de las bases metodológicas de su estudio: el carácter de historiador de Aristóteles y los tres usos de la dialéctica. Sobre lo primero, expone el estado de la cuestión para finalmente proponer su lectura: «Nuestro propósito es mostrar que Aristóteles hay una doble utilización de las opiniones de sus predecesores: por un lado, parte de ellas para identificar los problemas (*aporíai*) e incorporar la verdad que pudieran contener; por otro, vuelve sobre ellas, contando con nuevos instrumentos conceptuales, para juzgar sus aciertos y errores. De esta manera, Aristóteles lleva adelante una indagación histórico-filosófica sin incurrir ni en mera repetición ni en arbitrariedad» (p. 29). Di Camillo resalta que en *Tópicos* I, 2 Aristóteles enumera tres tipos de

dialéctica, cada uno con su utilidad. El primero es meramente útil para desarrollar la habilidad retórica y consiste en el ejercicio de defender posturas que no son propias; el segundo agrega que es al propio pensamiento al que confrontamos otras ideas, y por ello puede reforzar y mejorar nuestros argumentos para defender nuestras ideas; y el tercer uso es el que permite llegar, en algunos casos, a primeros principios filosóficos, pues confronta ideas contrarias hasta sus últimas raíces, dado que «cuando se trata de los principios, no se dispone de ninguna premisa interna a la ciencia en cuestión de la que partir, y por tanto la dialéctica es el único procedimiento del que se dispone para buscar los principios» (p.53). Este tercer uso es el punto de apoyo de la metodología que utiliza Di Camillo, y se trata de la función menos conocida de la dialéctica en Aristóteles. Esto es relevante porque aunque la dialéctica y la retórica pertenecen a un destacado campo de estudio y escritura por parte de Aristóteles, tales aspectos de su pensamiento suelen caer en el olvido en el ámbito filosófico, y en especial entre quienes se interesan por la metafísica. También trata la autora en pocas páginas el complicado *status quaestionis* de la evolución del pensamiento de Aristóteles, del análisis y uso que hizo de los filósofos anteriores a él, lo que justifica el uso de «Aristóteles historiador» en el título de la obra. En rigor, el estado de los estudios sobre Aristóteles se encuentra diezmado a lo largo de toda la obra, lo que agiliza la lectura e implica un diálogo con esa gigantesca tradición.

El capítulo II (pp.57-91) analiza la exégesis que Aristóteles hace de la doctrina de las Ideas en *Metafísica*, I, 9, y su crítica. Así, distingue en cuatro objeciones a la doctrina de las Ideas: 1) la duplicación sin necesidad de entidades, 2) los argumentos que condujeron a los platónicos a llegar a tal doctrina, 3) la inutilidad de las Ideas para explicar la realidad, 4) las relaciones entre las Ideas y las cosas sensibles. Es claro que la objeción 1 consiste en que, según las categorías aristotélicas, implica una sustancialización de propiedades (lo bueno, lo verdadero, lo justo), es decir, de algo que sólo existe *en una sustancia*. Así “Para Aristóteles, las Ideas son el producto de una hipótesis arbitraria y gratuita, de una manera errónea de considerar las cosas, no ya real [...] sino más bien lógica y, por tanto, abstracta y vacía” (p.66). La objeción 2 atañe al proceso probativo: si fuese válido el tránsito que conduce a las ideas de “caballo” o de “justicia”, también debería serlo en el caso de las privaciones o las negaciones. La objeción 3 es quizá la más fuerte, pues según Aristóteles las Ideas no tienen causalidad sobre las cosas sensibles pues no son ni su causa eficiente, ni su causa formal, ni su causa en cuanto al conocimiento, su *ousía* (*esencia*, según Di Camillo). La objeción 4 implica una fuerte inconsistencia de la teoría de las Ideas, que no es sólo sobre las relaciones entre las ideas entre sí, sino de ellas con las cosas sensibles en el doble sentido de participación (de las ideas respecto a las cosas sensibles) y de imitación (de las cosas sensibles respecto a las ideas). Esto implica una confusión entre modelos de cosas sensibles y copias de Ideas genéricas, que lleva a Aristóteles a hablar de “palabras vacías e imágenes poéticas”. Todo esto conduce a que Aristóteles considere al demiurgo como un mero recurso *ad hoc*, aunque la separación de las Ideas sea el punto clave en la crítica aristotélica.

El capítulo III (pp.93-191) es el corazón de este libro, donde trata las críticas que hace a Platón en el *De ideis*. Después de un minucioso análisis del problema de la base textual (pp.95-105), analiza las objeciones. La primera es si las Ideas y su existencia independiente son el resultado necesario del objeto de la ciencia, que no puede ser particular y móvil. Di Camillo desarrolla concisa y coherentemente varias interpretaciones sobre esta crítica, y para concluir se detiene en la distinción (Metaph. VII, 13 y 14) entre la sustancia que es aquello que le es propio (ἴδιος) y aquello exclusivo de cada cosa del universal que es común (κοινόν),

y que designa la naturaleza igual en muchos, para concluir que “los universales no poseen existencia propia y autónoma, así como, a la inversa, todo lo que existe con una existencia propia y autónoma no puede sino ser absoluta y radicalmente «individual» y «particular»” (p.122). Todo lo cual es indicio de una fuerte deuda de Aristóteles para con su maestro, lo que Di Camillo señala en varias ocasiones. La segunda objeción es hacia la existencia de Ideas de artefactos. Aristóteles conocía que Platón sostuvo esto, pero tal cosa es insostenible, porque entonces habría generación de nuevas Ideas con la generación de nuevos artefactos. En tercer lugar, el argumento de lo uno sobre lo múltiple se basan en su necesidad para la predicación, y conlleva con necesidad la existencia de universales, pero no de las Ideas. Además, la existencia de Ideas replantea el inconveniente de las Ideas de lo que no son: las negaciones. El cuarto argumento, llamado “a partir del pensar” se basa en la inmutabilidad del pensamiento frente al dinamismo de las cosas.

Después de esas objeciones, Di Camillo se centra en los argumentos “más rigurosos”, según una calificación que hizo el mismo Aristóteles (*Metaphysica* 990b-9-17). El primero de ellos es el argumento a partir de los relativos; el segundo es el famoso argumento del tercer hombre. Es difícil sintetizar la complejidad técnica e histórico-interpretativa que se presenta aquí. Sobre la primera argumentación, Di Camillo expone varias interpretaciones, deteniéndose en la de G. E. L. Owen, a quien defiende en su juicio sobre la exclusión del opuesto de Platón de un caso como καθ’αὐτό y la no exclusión al utilizar la expresión πρὸς τι. Pero no está de acuerdo con Owen en que Platón haya confundido adjetivos y predicados relativos o que la dicotomía entre καθ’αὐτό y πρὸς τι implique distinción entre predicados completos e incompletos. La autora afirma que para Platón los adjetivos no son predicados relativos, como es claro por el *Fedón*. Es claro que las nociones de sustancia y accidente, cruciales en las críticas de Aristóteles, no son propias de Platón pero no son tampoco ajenas del todo al platonismo, y reflejan un atisbo de solución a los problemas de la categoría de relación, que según Di Camillo es para Aristóteles de menor peso semántico que ontológico (p.170). Añade que “esta disyuntiva entre crítica interna y externa no es exhaustiva, pues cabe la posibilidad de que Aristóteles haya elaborado la distinción entre sustancia y accidente justamente a partir de las dificultades que honestamente, y en virtud del examen dialéctico, ha encontrado en el platonismo” (p.171), lo que muestra un delicado análisis interpretativo de Di Camillo, que evita simplismos y apresuramientos.

Finalmente, el capítulo IV (pp.193-230) trata la aporía platónica y la euforia aristotélica. Comienza por estudiar los sentidos en los que Aristóteles utiliza, y entiende de Platón, al hablar de *separación*. Así, cabe distinguir al menos en los siguientes tres sentidos de *separación* según Aristóteles: α) la separación ontológica, que se da en la entidad separada cuando una cosa puede ser sin otra (esta separación ha dado lugar a diversas interpretaciones, en especial respecto a si separación es o no lo mismo que dependencia ontológica); β) la separación espacial; y δ) la separación en la definición, que es la distinción conceptual pero no entitativa, como la que se da entre lo cóncavo y lo convexo. En Platón, Di Camillo se detiene en cuatro modos de entender la separación: i) separación como diferencia, ii) separación en la existencia, iii) separación en el espacio y iv) separación en la definición. En la confrontación de ambas clasificaciones, en el libro se aprecia un equilibrio acompañado de cauta mensura. Así, afirma por ejemplo que “al hablar de la separación de las Ideas, Aristóteles dice solo que ellas están separadas de los particulares; nunca sugiere, hasta donde sabemos, que los particulares estén igualmente separados de las Ideas” (p.205). Fruto de este contraste entre los modos de entender la separación, concluye que los significados de

separación en Aristóteles no parecen aplicarse a las Ideas platónicas, por lo que propone otra línea de análisis.

Según la autora, para Aristóteles la *separación de la entidad* implica eminentemente que ella es en virtud de sí y no respecto a otro del que depende, lo que coincide y se aplica a las Ideas platónicas. Pero la noción de Platón de éstas incluye también la existencia separada. Así, “la crítica a las Ideas platónicas lo condujo a elaborar y sistematizar estos otros sentidos de separación que no incurrían en las dificultades [de Platón]”. Según una clasificación aristotélica (*Categoriae* 1, 1a1-8) hay cosas sinónimas (con el mismo nombre y la misma naturaleza) y cosas homónimas (con sólo el nombre en común), y esto se aplica al argumento del tercer hombre: hay homónimia entre *hombre* en la Idea de hombre y en un hombre concreto. Viendo el problema desde esta perspectiva se solucionan muchos de los inconvenientes del argumento del tercer hombre, aunque, desde ya, no todos. Por último analiza la comunidad de naturaleza entre el individuo y su esencia según *Metaphysica* VII, 6. Después del desarrollo de toda la obra, las conclusiones tienden a ver más similitudes entre Platón y Aristóteles que las que suelen considerarse y, por último, que la respuesta de Aristóteles a la cuestión de las Ideas implica, y esto se presente muy verosímilmente, que él pensara sobre los autores que han hablado de estos temas, y así hay, en Aristóteles, un análisis de doctrinas históricas.

La obra muestra pertinencia, prudencia interpretativa y conocimiento del área de estudio. La bibliografía es abundante (30 páginas) pero pertinente y actualizada. Los índices de lugares (de Platón, Aristóteles y Alejandro de Afrodisias) y de autores modernos son herramientas muy útiles para el investigador. Por todo lo dicho este trabajo es una obra completa: manifiesta años de estudio; no deja cabos sueltos; conjuga la eternidad del problema de los universales con una metodología de trabajo que es sólida y equilibrada; tiene dominio del complejo *status quæstionis*; el uso de las fuentes es respetuoso y delicado en el manejo de herramientas interpretativas; a lo que se suma una redacción impecable. Por otra parte, la ausencia de erratas mejora mucho una edición de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que sólo podría mejorarse con tapas duras. Es de lamentar, pero no de sorprender, que libros de este tipo tengan una difusión relativamente escasa en librerías.